

donde quiera nos decían si teníamos en qué nos lo diesen; llevábamos un jarrillo como para beber, de algo menos de media azumbre, siempre nos lo henchían; luego en apartándonos de la puerta lo vaciamos en una bota, que no se nos caía, colgando atrás del cinto, en que cabían cuatro azumbres, y acontecía henchirla en una calle, que nos era forzoso ir á casa, y echarlo en una tinajuela para volver por mas.

De ordinario andábamos calzados descalzos, y cubiertas las cabezas yendo descubiertos; porque los zapatos eran unas chancletas muy viejas y muy rotas, y el sombrero de lo mismo; pocas veces llevábamos camisa; porque pidiendo á una puerta con la humildad acostumbrada nuestra limosna, si decían: «perdonad, hermano, Dios os ayude, otro día daremos;» volvíamos á pedir «unos zapatillos viejos ó sombrero viejo para este pobre que anda descalzo y descubierto, al sol y al agua: bendito sea el Señor, que libró á vuestras mercedes de tanto afán y trabajo como padecemos, que él se lo multiplique y libre sus cosas de poder de traidores, dándoles la salud para el alma y el cuerpo, que es la verdadera riqueza.» Si también decían: «en verdad, hermano, que no hay que daros, no lo hay ahora;» aun quedaba otro replicato pidiendo «una camisilla vieja, rota, desechada, para cubrir las carnes y curar las llagas deste sin ventura pobre, que en el cielo lo hallen, y los cubra Dios de su misericordia; por el buen Jesús se lo pido, que no lo puedo ganar ni trabajar, me veo y me deseo, bendita sea la limpieza de nuestra Señora la Virgen María:» con esto ó con esotro, de acero eran las entrañas y el corazón de jaspe, que no se ablandaban. Escapábanse pocas casas donde no saliese prenda; y cualquier par de zapatos no podían ser tan malos, tan desechado el sombrero, ni la camisa que se nos daba tan vieja que no valiera mas de medio real: para nosotros era mucho, y á quien lo daba no era de provecho ni lo estimaba: era una mina en el cerro de Potosí.

Teníamos mercantes para cada cosa, que nos ponían la moneda sobre tabla, zahumada y lavada con agua de ángeles: llevábamos de camino unos anillos en que caminábamos á ratos en tiempo lluvioso, para poder pasar los arroyos; y si atisbábamos persona que representase autoridad, comenzábamos á plaguearle de muchos pasos atrás, para que tuviera lugar de venir sacando la limosna; porque si aguardábamos á pedir al emparejar, muchos dejaban de darla por no detenerse, y nos quedábamos sin ella; desotro modo se erraban pocos lances. Otras veces, que había ocasión y tiempo, en divisando tropa de gente, nos aparecíamos á cojear, variando visajes, cargándonos á cuestas los unos á los otros, torciendo la boca, volteando los párpados de los ojos para arriba, haciéndonos mudos, cojos, ciegos, valiéndonos de muletas, siendo sueltos mas que gamos; metíamos las piernas en vendos, que colgaban del cuello, ó los brazos en orillos, de manera que con esto y de buena labia, que Dios les diese buen viaje, y llevase con bien á ojos de quien bien querían, siempre valía dinero; y esta llamábamos *venturilla*, por ser en despoblado y por suceder veces muy bien, y en otras no llegar mas de lo que tasadamente nos era necesario para el camino. Teníamos por excelencia (bueno sobre todo) que no se hacia fiesta de que no gozásemos, teniendo buen lugar, ni aun banquete donde no tuviésemos parte: oliamoslo á diez barrios. No teníamos casa, y todas eran nuestras, que, ó portal de cardenal, embajador ó señor, no podía faltar; y corriendo todo turbio, de los pórticos de las iglesias nadie nos podía echar, y no teniendo propiedad, lo poseíamos todo. También había quien tenía torreoncillos viejos, edificios arruinados, aposentillos de poca sustancia, donde nos recogíamos, que ni todos andábamos ventureros, ni todos teníamos pucheros; mas yo, que era muchacho, donde

me hallaba la noche me entregaba al siguiente día, y así, aunque los llevaba malos, la juventud resistía, teniéndolos por muy buenos.

CAPITULO IV.

En que Guzmán de Alfarache cuenta lo que le sucedió con un caballero, y las libertades de los pobres.

¶ Una verdadera señal de nuestra predestinación es la compasión del prójimo; porque tener dolor del mal ajeno, como si fuese propio, es acto de caridad que cubre los pecados, y en ella siempre habita Dios. Todas las cosas con ella viven y sin ella mueren; que ni el don de profecía, ni conocimiento de misterios, ni ciencia de Dios, ni toda la fe, faltando caridad, es nada. El amar á mi prójimo, como me amo á mí, es entre todos el mayor sacrificio, por ser hecho en el templo de Dios vivo; y sin duda es de gran merecimiento recibir uno tanto pesar de que su hermano se pierda, como placer de que él mismo se salve. Es la caridad fin de los preceptos: el que fuere caritativo, el Señor será con él misericordioso en el día de su justicia; y como sin Dios nada merezcamos por nosotros, y ella sea don del cielo, es necesario pedir con lágrimas que se nos conceda, y hacer obras con que alcanzarla, humedeciendo la sequedad hecha en el alma y durezas del corazón, que no será desechado el humilde y contrito, antes le acudirá Dios con su gracia, haciéndole señaladas mercedes; y aunque la riqueza por ser vecina de la soberbia es ocasión á los vicios, desflaqueciendo las virtudes, á su dueño peligrosa, señor tirano y esclavo traidor; es de la condición del azúcar, que siendo sabrosa, con las cosas calientes calienta, y refresca con las frías. Es al rico instrumento para comprar la bienaventuranza, por medios de la caridad; y aquel será caritativo y verdaderamente rico, que haciendo rico al pobre se hiciera pobre á sí, porque con ello queda hecho discípulo de Cristo.

Yo estaba un día en el zaguán de la casa de un cardenal, envuelto y revuelto en una gran capa parda, tan llena de remiendos, unos cosidos en otros, que tenía por donde menos tres telas, sin que se pudiera conocer de qué color había sido la primera: tenía un canto como una tabla para el tiempo, harto mejor que la mejor frazada; porque abrigaba mucho, y no la pasara el aire, agua ni frío, ni estoy por decir, un dardo. Entróme á visitar un caballero, parecía principal en su persona y acompañamiento, el cual como me vió de aquella manera, creyó debiera estar malo de liciones; y fué, que habiéndome quedado allí la noche antes, como era invierno y aventaba fresco, estábame quedo hasta que entrara bien el día. Paróse á mirarme y llamóme, saqué la cabeza, y con el susto de ver aquel personaje junto á mí, no sabiendo qué pudiera ser, mudé la color; parecióme que temblaba, y díjome: «cúbrete, hijo, estáte quedo»; y sacó de las faltriqueras lo que llevaba, que sería cantidad hasta trece reales y medio y diómelos; tomélos y quedé fuera de mí, tanto de la limosna como ver cuál iba levantando los ojos. Creo por su daga debía de decir: «bendigante, Señor, los ángeles y tus cortesanos del cielo, todos los espíritus te alaben, pues los hombres no saben y son rudos, que no siendo yo de mejor metal, y no sé si de mejor sangre que aquel, yo dormí en cama y él en el suelo, yo voy vestido y él queda desnudo, yo riego y él necesitado, yo sano y él enfermo, yo admitido y él despreciado, pudiendo haberle dado lo que á mí me diste, mudando las plazas, fuiste, Señor, servido de lo contrario; tú sabes por qué y para qué; sálvame, Señor, por tu sangre, que esa será mi verdadera riqueza, tenerte á tí, y sin tí no tengo nada.»

¶ Digo yo que aquel sabía verdaderamente granjear los talentos, que considerando á quién lo daba, sino por quien lo daba, viéndome y viéndome, me dió lo que lle-

yaba con mano franca y ánimo de compasión. Estos tales ganaban por su caridad el cielo por nuestra mano, y nosotros lo perdíamos por la dellos, pues con la golosina del recibir, pidiendo sin tener necesidad, lo quitábamos al que la tenía, usurpando nuestro vicio el oficio ajeno. Andábamos comidos, bebidos, lomienhiestos; teníamos una vida, que los verdaderamente senadores y aun comedores, nosotros éramos, que aunque no tan respetados, la pasábamos mas reposada, mejor y de menos pesadumbre; y dos libertades aventajadas mas que todos ellos, ni que algun otro romano, por calificado que fuese. La una era la libertad en pedir sin perder, que á ningun honrado le está bien; porque la miseria no tiene otro mayor que hallarse un hombre tal obligado alguna vez á ello para socorrer lo que le hace menester, aunque sea su propio hermano, porque compra muy caro el que recibe, y mas caro vende quien lo da al que lo agradece; y si en esto del pedir he de decir mi parecer, es lo peor que tiene la vida del pobre, siéndole forzoso; porque aunque se lo dan, le cuesta mucho pedirlo. Mas te diré cuál sea la causa que el pedir escuece y duele tanto. Como el hombre sea perfecto animal racional, criado por eternidad, semejante á Dios (como él dice), que cuando lo quiso hacer, asistiendo á ello la santísima Trinidad, le dijo: *hagámoste á nuestra imagen y semejanza* (también se pudiera decir cómo se ha de entender esto, mas no es este su lugar); quedó el hombre hecho, saliendo con aquel natural, todos inclinados á querernos endiosar, avendándonos cuanto mas podemos, y siempre andamos con esta sed secos, y con esta hambre flacos. Vemos que Dios crió todas las cosas, nosotros queremos lo mismo, y ya que no podemos, como su Divina Majestad de nada, hacémoste de algo, como alcanza nuestro poder, procurando conservar los individuos de las especies, en el campo los animales, los peces en el agua, las plantas en la tierra, y así en su natural cada cosa de las del mundo. Miró las obras hechas de sus manos, parecióle muy bien, como manos benditas y poderosas; alegróse de verlas que estaban á su gusto. Eso pasa hoy al pie de la letra.

¶ Queremos hacer ó contrahacer; cuán bien me parece el ave que en mi casa crío, el cordero que nace en mi cortijo, el árbol que planto en mi huerto, la flor que en mi jardín sale; cómo me huelgo de verla en tal manera, que aquello que no crié hice ó planté, aunque sea muy bueno, lo arrancaré, destruiré y desharé, sin que me dé pesadumbre; y lo que es obra de mis manos, hijo de mi industria, fruto de mi trabajo, aunque no sea tal, como hechura mía, me parece y lo quiero bien. Del árbol de mi vecino y del conocido, no solo quitaré la flor y fruto, mas no le dejaré hoja ni rama, y si se me antojare cortaré el tronco. Del mio me llega al alma, si hallo una hormiga que le dañe ó pájaro que le pique; porque es mio, y en resolución todos aman sus obras; así en quererlas bien me parezco al que me crió, y del lo heredé yo. En todos los mas actos es lo mismo: es muy propio en Dios el dar, y muy impropio el pedir cuando no es para nosotros mismos, que lo que nos pide no lo quiere para sí, ni le hace necesidad al que es remedio de toda necesidad y hartura de toda hambre. Mucho tiene y puede dar, y nada le puede faltar; todo lo comunica y reparte, cual tú pudieras dejar sacar agua de la mar, y con mayor largueza, lo que va de tu miseria á su misericordia.

¶ Queremos también parecerle en esto: á su semejanza me hizo, á él he de semejar, como á la estampa lo estampado. ¡Qué locos, qué perdidos, qué deseosos y desvanecidos andamos todos por dar! El avariento, el guardoso, el rico, el logrero, el pobre, todos guardan para dar; sino que los mas entienden menos, como he dicho antes de ahora, que lo dan después de muertos. Si preguntases á estos que llegan el dinero, y lo entierran en

vida, para qué lo guardan, responderían los unos que para sus herederos, otros que para sus almas, otros que para tener que dejar, y todos desengañados de que consigo no lo han de llevar. Pues ves cómo lo quieren dar, sino que es fuera de tiempo, como un aborto que no tiene perfección; mas al fin ese es nuestro fin y deseo. ¡Cuán endiosado se halla un hombre cuando con ánimo generoso tiene que dar y lo dá! ¡Qué dulce le queda la mano, alegre el rostro! ¡Qué descansado el corazón! ¡Qué contenta el alma! ¡Quítasele las canas, refréscasele la sangre; la vida se le alarga, y tanto mucho (sin comparación) mas cuanto sabe que tiene para ello, sin temor que le hará falta.

¶ De donde queriendo hacer lo que hizo el que como á sí nos hizo, gustamos tanto en el dar, y sentimos el pedir, y aquellos con quien la divina mano fué tan franca, que habiéndolos hecho (y de ánimo noble, que es otro don particular), se hallan oprimidos, faltos de bienes, querrian padecer antes cualquier miseria, que pedir á otro que se la socorra. Destos es de quien se debe tener lástima, y estos son á los que á manos llenas habría todo el mundo de favorecer, y en esto se conoce quién les hace amistad y se la muestra, que viendo al necesitado lo socorran sin que lo pida, que si aguardan á este punto, ni le da ni le presta; deuda es que le paga, con logro le vende y con ventajas. Ese es amigo que socorre á su amigo, y ese *llamo socorro con el que corro*: yo he de darlo, que no han de pedirlo; con él he de correr, que no esperar ni andar.

¶ Si me detuve y no te satisface, perdona mi ignorancia, recibiendo mi voluntad. Así que, la libertad en pedir solo al pobre le es dada, y en esto nos igualamos con los reyes, y es particular privilegio poderlo hacer, y no ser bajeza, como lo fuera en los mas; pero aun hay diferencia: que los reyes piden al comun, para el bien comun por la necesidad que padecen, y los pobres para si solos por la mala costumbre que tienen. La otra libertad de los cinco sentidos, ¿quién hay hoy en el mundo que mas licenciosa ni francamente goce dellos, que un pobre, con mayor seguridad ni gusto? Y pues he dicho gusto, comenzaré por él; pues no hay olla que no espumemos, manjar de que no probemos, ni banquete de donde no nos quepa parte. ¿Dónde llegó el pobre que, si hoy una casa le niegan, mañana no le den? Todas las anda, en todas pide, de todas gusta, y podrá decir muy bien en cuál se sazona mejor. El oír: ¿quién oye mas que el pobre? que como desintereados en todo género de cosa, nadie se recela que los oiga: en las calles, en las casas y en las iglesias, en todo lugar se trata cualquier negocio sin recelarse dellos, aunque sea caso importante. Pues de noche durmiendo en plazas y calles, ¿qué música se dió que no la oyésemos? ¿Qué requiebro hubo que no lo supiésemos? Nada nos fué secreto, y de lo público, mil veces lo sabíamos mejor que todos, porque oíamos tratar dello en mas partes que todos. Pues el ver: ¿cuán francamente lo podíamos ejercitar sin ser notados, ni haber quien lo pidiese ni lo impidiese? ¿Cuántas veces me acusé que, pidiendo en las iglesias, estaba mirando y alegrándome? Quiero decir (para mejor aclararme), codiciando mujeres de rostros angélicos, cuyos amantes no se atrevieran ni osaran mirar, por no ser notados, y á nosotros nos era permitido. Oler: ¿quién mas pudo oler que nosotros, que nos llaman oledores de casas ajenas? Demás, que si el olor es mejor cuanto nos es mas provechoso, nuestro ámbar y almizcle (mejor que todos y mas verdadero) era un ajo, que no faltaba de ordinario, preservativo de contagiosa corrupción; y si otro olor queríamos, nos íbamos á una esquina de las calles donde se venden estas cosas, y allí estábamos al olor de los coletes y guantes aderezados, hasta que los polvillos nos entraban por los ojos y narices. El tacto: ¿querrás decir que nos faltaba, que jamás pudo llegar á nuestras manos cosa buena; pues desengañados

ignorantes, que es diferente la pobreza de la hermosura. ¶

Los pobres tocan y gozan cosas tan buenas como los ricos, y no todos alcanzan este misterio. Pobre hay que con su mendiguez y pobreza sustenta mujer, que el muy rico deseara mucho gozar, y quiere mas á un pobre que le dé y no le falte, que á un rico que la infame; y cuántas veces algunas damas me daban de su mano la limosna (no sé lo que los otros hacían), mas ya con mi mocedad trataba della con las mias, y en modo de reconocimiento devoto, no la soltaba hasta habérsela besado; mas esto es gran miseria y hoheria; que sobre todas las cosas, gusto, vista, olfato, oído, tacto, el principal y verdadero de todos los cinco sentidos juntos era el de aquellas rubias caras de los encendidos doblones, aquella hermosura de patacones, realzea de Castilla, que occultamente teníamos, y con secreto gozábamos en abundancia; que tenerlos para pagarlos ó emplearlos, no es gozarlos; gozarlos es tenerlos de sobra, sin haberlos menester mas de para confortación de los sentidos; aunque otros dicen que el dinero nunca se goza hasta que se gasta. Traíamoslos cosidos en unas almillas de remiendos, en lugar de jubones, pegados á las carnes. No habia remiendo, por sucio y vil que fuera, que no valiera para un vestido nuevo razonable; todos manábamos oro; porque comiendo de gracia, la moneda que se ganaba no se gastaba, y *este te hizo rico, que te hizo el pico, grano á grano hinche la gallina el papo*. Llegábamos á tener caudal, con que algun honrado levantara los pies del suelo, y no pisara lodos. Descansa un poco en esta venta, que en la jornada del capitulo siguiente oirás lo que aconteció en Florencia con un pobre, que allí falleció, contemporáneo mio, en quien conocerás el trato nuestro, si es como quiera bueno.

CAPITULO V.

En que Guzmán de Alfarache cuenta lo que aconteció en su tiempo con un mendigo que falleció en Florencia.

Cosa muy ordinaria es á todo pobre ser tracista, desvelándose noches y dias buscando medio para su remedio y salir de laceria. En todas partes acontece, y aunque dicen que en materia de crueldad Italia lleva la gala, y en ella mas los de la comarca de Jénova, no creo que va en la tierra, sino en la necesidad y codicias; diciéndose destos, que lo tienen todo, sus mismos naturales ciudadanos vinieron á llamarlos moros blancos. Ellos, para vengarse y echarles las cabras, dicen: que *quien descubre la alcabala, ese la paga*, que no se dijo por ellos, ni se ha de entender sino por los tratantes de Jénova, que traen las conciencias en faltriqueras descosidas, de donde se les pierde, y ninguno la tiene; uno dijo que no, que de mas atrás corria, y era que cuando los jinoveses ponen sus hijos á la escuela, llevan consigo las conciencias, juegan con ellas, hacen travesuras, unos las olvidan, otros, perdidas allí, se las dejan. Cuando barren la escuela y las hallan, dánlas al maestro, el cual con mucho cuidado las guarda en un arca, porque otra vez no se les pierdan; quien después la ha menester, si se acuerda donde la puso, acude á buscarla. Como el maestro guardó tantas y las puso juntas, no sabe cual es de cada uno, dale la primera que halla y vase con ella, creyendo llevar la suya, y lleva la del amigo, la del conocido ó deudo. Dello resulta que no trayendo ninguno la propia, miran y guardan las ajenas, y de aqui quedó el mal nombre. Há, há, España, amada patria, custodia verdadera de la fe, téngate Dios de su mano, y cómo hay en tí mucho desto! También tienes maestros que truecan las conciencias, y hombres que las traen trocadas. ¿Cuántos olvidados de sí se desvelan en lo que no les toca! La conciencia del otro reprehenden, solicitan y censuran.

¶ Hermano, vuelve sobre tí, deshaz el trueco, no espulques la mota en el ojo ajeno, quita la viga del tuyo, mira que vas engañado; eso que piensas que descarga tu conciencia, es burla, y tú te burlas de tí; no disimules tu lo-

gro, diciendo: «Fulano es mayor logrero;» no hurtes y te consueles ó disculpes con que el otro es mayor ladrón: deja la conciencia ajena, mira la tuya; esto te importa á tí, aparte cada uno de sí lo que no es suyo, y los ojos del pecado ajeno; pues ni la idolatría de Salomon, ni el sacrilegio de Judas desculpán el tuyo, á cada uno darán su castigo merecido. Como te inclinas á lo dañoso y malo, ¿por qué no imitas al bueno y virtuoso que ayuna, confiesa, comulga, hace penitencia, actos de santidad y buena vida? Es por ventura mas hombre que tú? ¿Dejas como el enfermo lo que te ha de sanar, y comes lo que te ha de dañar? Pues yo te prometo, que importará para tu salvación acordarte de tí y olvidarte de mí. Donde hay muchas escuelas de niños, y maestros que guardan conciencias (aunque, como digo, ninguna ciudad, villa ni lugar se escapa en todo el mundo) es en Sevilla, de los que se embarcan para pasar la mar; que los mas dellos, como si fuera de tanto peso y valume que se hubiera de hundir el navío con ellas, así las dejan en sus casas ó á sus huéspedes, que las guarden hasta la vuelta; y si después las cobran (que para mí es cosa dificultosa, por ser tierra larga, donde no se tiene tanta cuenta con las cosas); bien; y si no, tampoco se les da por ellas mucho, y si allá se quedan, menos. Por esto en aquella ciudad anda la conciencia sobrada de los que se la dejaron y no volvieron por ella. No quiero pasearme por las gradas ó lonja, ni entrar en la plaza de San Francisco, ni anegarme en el rio, déjese á una banda todo género de trato y contrato; que seria, si comenzase, no salir dello; apuntado se quede; y como si lo dijera, piensen que lo digo, que quizá lo diré algun dia. ¶

Hubo un hombre, natural de un lugar cerca de Jénova, gran persona de invenciones y de sutil ingenio; llamábase Pantalón Castelletto, pobre mendigo, que como fuese casado en Florencia y le naciese un hijo, desde que la madre lo parió anduvo el padre maquinando cómo dejarle de comer, sin obligarle á servir, ni á tomar oficio. Allí dicen vulgarmente: dichoso el hijo que tiene á su padre en el infierno, aunque yo lo llamo desdichado, pues no es posible lograr lo que le dejó, ni llegar á tercero poseedor.

Este me parece que, por dejar el suyo bien parado y reparado, se puso á peligro; y aunque por ser casado (que es particular granjería y largo de contar, casar pobres con pobres, y ser todos de un oficio) tenían razonablemente lo que les era menester para pasar su vida, y que poder dejar á su heredero para un moderado trato, no se quiso fiar de la fortuna; púsosele en la imaginación la crueldad mas atroz que se puede pensar. Estropeólo, como lo hacen muchos de todas las naciones en aquellas partes, que de tiernos los tuercen y quiebran, como si fueran de cera, volviéndolos á entallar de nuevo, según su antojo, formando varias monstruosidades dellos para dar mas lástima. En cuanto son pequeños, ganan de comer para su vejez, y después con aquella lesión les dejan buen patrimonio. Mas este quiso aventajarse con géneros nuevos de tormentos, martirizando al pobre y tierno infante: no se los dió todos de una vez, que como crecía, se los daba como camisas ó baños, uno seco y otro opuesto, hasta venirlo á dejar entallado según te lo pinto.

Cuanto á lo primero, no le tocó ni pudo en lo que recibió de sola naturaleza. Tenia con toda su desdicha buen entendimiento, era decididor y gracioso. En lo que le dió, que fué la carne, comenzando por la cabeza, se la torció y traíala casi atrás, caído el rostro sobre el hombro derecho. Lo alto y bajo de los párpados de los ojos eran una carne. La frente y cejas quemadas, con mil arrugas. Era corcovado, hecho su cuerpo un ovillo, sin hechura ni talle de cosa humana. Las piernas vueltas por cima de los hombros, desencasadas y secas: tenia sanos los brazos y la lengua. Andaba como en jaula, metido en un arquetoncillo, encima de un borrico, y con sus manos lo regia,

salvo que para subir ó bajar, buscaba quien lo hiciese, y no faltaba. Era (como digo) gracioso; decia muchas y muy buenas cosas. Con esto andaba tan roto, tan despedazado, tan miserable, que toda Florencia se dolía dél, y así por su pobreza como por sus gracias, le daban mucha limosna. Desta manera vivió setenta y dos años poco mas, al cabo de los cuales le dió una grave dolencia, de que claramente conoció que se moria. Viéndose en este punto y en el de salvarse ó condearse, como era discreto, revolvió sobre sí, pareciéndole no ser tiempo de burlas ni de confesiones para cumplir con la parroquia: era la postrera, y quiso que fuese la valedera. Pidió por un confesor conocido suyo, de muchas letras y gran opinión en vida, costumbres y doctrina. Con él trató sus pecados, comunicando sus cosas; de manera que ordenó hacer su testamento con las mas breves y compendiosas palabras que se puede imaginar, porque hecha la cabeza, por ser oficio del notario, él en lo que le tocaba, dijo así:

«Mando á Dios mi alma que crió, y mi cuerpo á la tierra, el cual entierren en mi parroquia.

¶ Item mando, que mi asno se venda, y con el precio dél se cumpla mi entierro, y el albarda se le dé al gran duque que mi señor, á quien le pertenece, y es por derecho suya, al cual nombro por mi albacea, y della le hago universal heredero.»

Con esto cerró su testamento, debajo de cuya disposición falleció. Como todos lo tenían por decididor, creyeron que se habian emparejado muerte y vida, todo gracias, como suele acontecer á los necios: mas cuando el gran duque supo lo testado (que luego se lo dijeron), como conoció al testador y lo tenia por discreto, coligió no vacar la causa de misterio; mandó que le llevaran á palacio su herencia, y teniéndola presente, la fueron descosiendo pieza por pieza, y sacaron della de diferentes monedas y apartados en que estaban todas en oro, cantidad que montaba de los nuestros castellanos tres mil y seiscientos escudos de á cuatrocientos maravedis cada uno. Al pobre le aconsejaron, y le pareció que aquello no era suyo, ni se podía restituir de otra manera, que dejándolo al señor natural á cuyo cargo estaban todos los pobres, con que descargaba su conciencia. El gran duque, como principe tan poderoso y señor generoso, mandó que de todo ello se le hiciesen algunas memorias perpetuas que le ordenó por su alma, como buen cabezalero y mejor caballero.

¶ ¿Qué dirás agora del tacto deste pobre? No es el tuyo tal ni con gran parte, aunque goces de otra Venus. Destas dos ventajas éramos dueños, que ninguno era tan franco en ellas, sin otras muchas que pudiera referir.

Cuando me pongo á considerar los tiempos que gocé y por mí pasaron, no por que se me antoje ni tenga olvidados los trabajos, para que los que agora padezco en esta galera me parezcan mayores ó no tales, mas no hay duda que sus memorias estimo en mucho. Aquel tener siempre la mesa puesta, la cama hecha, la posada sin embarazo, el zurrón bastecido, la hacienda presente, el caudal en pie, sin miedo de ladrones ni temor de lluvias, sin cuidado de abril ni recelo de mayo, que son la polilla de los labradores; no desvelado en trajes ni costumbres, sin prevención de lisonjas, sin composición de mentiras para valer y medrar; ¿qué sustentaré para que me estimen? ¿Cómo visitaré para que no me olviden? ¿Cómo acompañaré para dejar obligados? ¿Qué achaque buscaré para hablarles porque me vean? ¿Cómo madrugaré para que me tengan por solicitado, y mas cuanto es el tiempo mas riguroso? ¿Cómo trataré de linajes para encajar la limpieza del mio? ¿Cómo descubriré al otro su falta, para que quien oyere que la murmuración piense que yo no la tengo? ¿Cómo tendré conversación para hacer ostentación? ¿Por dónde rodearé para encajar mi dicho? ¿A qué corrillos iré, que yo sea el gallo, y en saliendo dellos no me murmuren como hice de los otros? ¡Oh! ¡Esto de los corrillos y murmura-

ciones, y cómo es larga historia! ¿Quién tuviera lugar de significar lo mal que parece un hidalgo ser sastré de tan mala ropa, que no hay religioso á quien no corten loba con falda, ni mujer honrada queda sin saya entera! Visten al santo y al pecador al talle largo. Quédesse aqui, porque si vivimos, allá llegaremos. ¿A cuán derecha regla, recorrido nivel y medio compás, ha de ajustarse aquel desventurado pretendiente, que por el mundo ha de navegar, esperando fortuna de mano ajena? Si ha de ser buena, ¿qué tarde llega; si mala, ¿qué presto ejecuta; por mas que se ajuste, ha de pecar de falso y falto: si no es bien querido, todo se le nota; si habla, aunque bien, le llaman hablador; si poco, que es corto; si de cosas altas y delicadas, temerario, que se mete en honduras que no entiende; si de no tales, abatido; si se humilla, es infame; si se levanta, soberbio; si acomete, desbaratado y loco; si se reporta, cobarde; si mira, embelesado; si se compone, hipócrita; si se ríe, inconstante; si se mesura, saturnio; si afable, tenido en poco; si grave, aborrecido; si justo, cruel; si misericordioso, buey manso. De toda esta desventura tienen los pobres carta de guía; siendo señores de sí mismos, francos de pecho ni de rama, lejos de emuladores: gozan su vida sin almotacén que se la denuncie, sastré que se la corte, ni perro que se la muerda. ¶

Tal era la mia, si el tiempo y la fortuna (consumidores de las cosas, que no consienten permanecer en un estado alguna) no me derribaran del mio, declarando por el color de mi rostro y libres miembros, estar de salud rico, no llagado ni pobre, según lo publicaban mis lamentaciones; porque como una vez me sentase á pedir limosna en la ciudad de Gaeta, en la puerta de una iglesia, donde por curiosidad quise ir á ver si su caridad y limosna igualaba con la de Roma, descubri mi cabeza, como recién llegado y no prevenido de lo necesario: para luego y presto valime de tiña que sabia contrahacer por escelerencia. Entrando el gobernador, pasó por mi los ojos, dióme limosna, fuéme razonable algunos dias; y como *la codicia rompe el saco*, parecióme un dia de fiesta sacar nueva invención; hice mis preparamentos, aderecé una pierna, que valia una viña. Fuime á la iglesia con ella; comencé á entonar la voz, alzando de punto la plaga, como el que bien lo sabia; quísole mi desgracia ó mi poco saber, que siempre de la ignorancia y necesidad proceden los acaecimientos. No tenia yo para qué buscar pan de trastrigo, ni andar hecho truecaborricas en pueblo corto: pasara con mi tiña, que me daba de comer, y estaba recibida, sin andarme buscando mas retartallitas, ni ensayando invenciones. Vino el gobernador aquel dia en aquella iglesia para oír misa, y como me reconoció hizome levantar, diciéndome: vente conmigo, daréte una camisa que te pongas; créilo, fuime con él á su posada: si supiera lo que me queria, no sé si me alcanzara con una eulebrina, ni me asiera en sus manos, por buena maña que se diera. Cuando allá estuve, miróme al rostro, y dijo: «con esos colores y frescura de cuerpo, que está gordo, recio y tieso, ¿cómo tienes así esa pierna? no acuden bien lo uno á lo otro.» Respondíle turbado: «no sé, señor; Dios ha sido servido dello.» Luego conoció mi mal, y atisbaba la salida, para si pudiera tomar la puerta; no pude, que estaba cerrada; mandó llamar un cirujano que me examinase; vino y miróme de espacio: á los principios turbélo, que no sabia qué fuese, mas luego se desengañó, y le dijo: «señor, este mozo no tiene mas en su pierna que yo en los ojos; y para que se vea claramente, lo mostraré.» Comenzó á desenfundarme, y desenvolviendo adobos y trapos, me dejó la pierna tan sana, como era verdad que lo estaba.

Quedó el gobernador admirado en verme de aquella manera, y mas de mi habilidad; yo pasmé, sin saber qué decir ni hacer, y si la edad no me valiera, otro que Dios no me librara de un ejemplar castigo; mas el ser muchacho me reservó de mayor pena, y en lugar de camisa que me

prometió, mandó que el verdugo en su presencia me diese un jubón para debajo de la rota que yo llevaba, y que saliese de la ciudad luego al momento; mas aunque no me lo mandara, en cuidado lo tenía, que allí no quedara si señor della me hicieran. Fuime temeroso, temblando y encogido, volviendo de cuando en cuando atrás la cabeza, sospechoso, si pareciéndoles no llevar bastante recaudo, quisieran darme otra vuelta: con esto me fui á la tierra del papa, acordándome de mi Roma, y echándole á millares las bendiciones, que nunca reparaban en menudencias, ni se ponían á espulgar colores; cada uno busque su vida como mejor pudiere. Al fin tierra larga, donde hay que mariscar y por donde navegar, y no por estrechos, siempre por la canal, donde á pocos bordos, con poca tormenta darás en bajios, quedando roto y desbarbado.

CAPITULO VI.

Cómo vuelto á Roma Guzmán de Alfarache, un cardenal, compadecido del, mandó que fuese curado en su casa y cama.

Bien es verdad natural en los de poca edad tener corta vista en las cosas delicadas, que requieren gravedad y peso, no por defeto del entendimiento, sino por falta de prudencia, la cual pide experiencia, y la experiencia tiempo: como la fruta verde, mal sazónada, no tiene sabor perfeto, antes acedo y desabrido, así no le ha llegado al mozo su maduro, fáltale el sabor, la especulación de las cosas y conocimiento verdadero dellas; y no es maravilla que yerre, antes lo sería si acertase. Con todo esto, el buen natural de ordinario siempre tiene mas capacidad para las consideraciones. Conoci del mio, que muchas veces me levantó el espíritu mas de lo que pedían mis años, poniéndome (como el águila sus pollos) los ojos clavados en el sol de la verdad, considerando que todas mis trazas y modos de engañar era engañarme á mi mismo, robando al verdaderamente necesitado y pobre lisiado, impediendo del trabajo, á quien aquella limosna pertenecía, y que el pobre nunca engaña ni puede, aunque su fin es ese; porque quien da no mira al que lo da, y el que pide es el reclamo que llama las aves, y él se está en su percha seguro.

¶ El mendigo con el reclamo de sus lamentaciones recibe la limosna, que convierte en útil tuyo, metiendo á Dios en su voz, como que lo hace deudor obligándole á la paga. Por una parte me alegraba cuando me lo daban, por otra temblaba entre mi cuando me tomaba la cuenta de mi vida; porque sabiendo cierto ser aquel camino de mi condenación, estaba obligado á la restitución, como hizo el florentin; mas cuando algunas veces via que algunos hombres poderosos y ricos con curiosidad se ponían á hacer especulación para dar una desventurada moneda, que es una blanca, no lo podia sufrir, gastábase me la paciencia, y aun hoy se me refresca con ira, envistiéndome un furor de rabia en contra dellos, que no sé cómo lo diga. Rico amigo, ¿no estás harto, cansado y ensordecido de oír las veces que te han dicho, que lo que hicieres por cualquier pobre que lo pida por Dios, lo haces por el mismo Dios, y él mismo te queda obligado á la paga, haciendo deuda ajena suya propia? Somos los pobres como el cero, guarismo que por sí no vale nada, y hace valer á la letra que se le llega, y tanto mas cuantos mas ceros tuviere delante. Si quieres valer diez, pon un pobre par de ti, y cuantos mas pobres remediáres y mas limosnas hicieres, son ceros que te darán para con Dios mayor merecimiento. ¿Qué te pones á considerar si gano si no gano, si me dan si no me dan? Dame tú lo que te pido, si lo tienes y puedes, que cuando no por Dios, que te lo manda, por naturaleza me lo debes; y no entiendas que lo que tienes y vales es por mejor lana, sino por mejor cardada, y el que á ti te lo dió y á mí me lo quitó, pudiera desmenuzar las manos, y dar su bendición al que fuera su voluntad

y la mereciere. No seas especulador ni hagas elecciones; que si bien lo miras, no son sino avaricia y excusas para no darla: yo lo sé, alarga el ánimo para ello, y que veas el efeto de la limosna. Oye lo que cuenta Sofronio, á quien cita Canisio, varón docto: teniendo una mujer viuda una sola hija, muy hermosa doncella, el emperador Cenon se enamoró della, y por fuerza (contra toda su voluntad) la estrupó, gozándola con tiranía. La madre, viéndose afligida por ello y ultrajada, teniendo gran devoción á una imagen de nuestra Señora, cada vez que á ella se encomendaba, decía: «Virgen Maria, venganza y castigo te pido desta fuerza y afrenta que Cenon, tirano emperador, nos hace.» Dice que oyó una voz que le dijo: «ya estarías vengada, si las limosnas del emperador no nos hubieran atado las manos.» Desata las tuyas en favorecer los mendigos, que es tu interés, y te va mas á ti en darlo que á ellos en recibirlo. No hizo Dios tanto al rico para el pobre, como al pobre para el rico: no te atengas con decir quién lo merece mejor. No hay mas de un Dios, por ese te lo piden, á él se lo das; todo es uno y tú no puedes entender la necesidad ajena cómo aprieta, ni es posible conocerla lo exterior que juzgas, pareciéndote uno estar sano y no ser justo darle limosna: no busques escapatorias para descabullirte, déjalo á su dueño: no es á tu cargo el exámen, jueces hay á quien toca; si no, miralo por mí, si hubo descuido en castigarme; lo mesmo harán los demás. ¶

¶ No te pongas, ó tú de malas entrañas, en acecho, que ya te veo. Digo que la caridad y limosna su orden tiene; no digo que no la ordenes, sino que la hagas, que la des, y no la espulgues, si tiene, si no tiene, si dijo, si hizo, si puede, si no puede; si te la pide, ya se la debes, caro le cuesta, como he dicho, y tu oficio solo es dar. El corregidor y regidor, el prelado y su vicario abran los ojos y sepan cuál no es pobre, para que sea castigado. Ese es oficio, esa es dignidad, cruz y trabajo; no los hicieron cabeza para comer el mejor bocado, sino para que tengan el mayor cuidado; no para reír con truhanes, sino para gemir las desventuras del pueblo; no para dormir y roncar, sino para velar y suspirar, teniendo como el dragon continuamente clara la vista del espíritu. Así que, á ti te toca solamente el dar de la limosna, y no pienses que cumples, dando lo que no te hace provecho y lo tienes á un rincón para echarlo al muladar, que como si el pobre lo fuese, das en él con ello; no tanto por dárselo, como por sacarlo de tu casa, que así fué el sacrificio de Cain. Lo que ofrecieres, lo mejor ha de ser, como lo hizo el justo Abel, con deseo y voluntad que fuera mucho mejor y que haga mucho provecho; no como de por fuerza ni con trompetas, antes con pura caridad, para que saques della el fruto que se promete aceptándote el sacrificio. ¶

Alejado voy de Roma para donde caminaba. Cuando allá llegué, me reventaron las lágrimas de gozo; quisiera fueran los brazos capaces de abrazar aquellas santas murallas. El primer paso que dentro puse fué con la boca, besando aquel santo suelo; y como la tierra que el hombre sabe, esa es su madre, yo sabía bien la ciudad, era conocido en ella, comencé como antes á buscar mi vida, vida la llamaba siendo mi muerte: aquel me parecía mi centro.

¶ Cuán casados estamos con las pasiones nuestras, y cómo lo que aquello no es nos parece extraño, siendo lo verdadero y cierto! Así me pareció la suma felicidad, juzgando á desventura lo demás; y aunque todo lo miraba, inclinábame á lo peor, y eso tenía por mejor. Levantéme una mañana, según tenía costumbre, y mi pierna que se pudiera enseñar á vista de oficiales: púseme con ella pidiendo á la puerta de un cardenal, y como él saliese para el palacio sacro, reparóse á oírme, que pedía la voz levantada, el tono extravagante, y no de los ocho del canto llano, diciendo: «dame, noble cristiano, amigo de

¶ Jesucristo, ten misericordia deste pecador afligido y llagado, impedido de sus miembros, mira mis tristes años, amañellate deste pecador. ¡Oh reverendísimo padre, monseñor ilustrísimo! duélase vuestra señoría ilustrísima deste misero mozo, que me veo y me deseo; loada sea la pasión de nuestro maestro y redentor Jesucristo.» Monseñor (después de haberme oído atentamente) apiadóse en extremo de mí; no le parecí hombre, representósele el mismo Dios. Luego mandó á sus criados que en brazos me metiesen en casa, y que desnudándome aquellas viejas y rotas vestiduras me echasen en su propia cama, y en otro aposento junto á este le pusiesen la suya; hizose así en un momento. ¡Oh bondad grande de Dios! largueza de su condición hidalga! Desnudáronme para vestirme; quitáronme de pedir para darme y que pudiera dar: nunca Dios quita, que no sea para hacer mayores mercedes. Dios te pide, darte quiere. Pónese cansado á mediodía en la fuente, pidete un jarro de agua de que beben las bestias; agua viva te quiere dar por ella, con que lo goces entre los ángeles.

Este santo varón lo hizo á su imitación; y luego mandó venir dos espertos cirujanos, y ofreciéndoles buen premio, les encargó mi cura, procurando mi sanidad; y con esto, dejándome en las manos de los dos verdugos, en poder de mis enemigos, fué á su viaje. Aunque el fingir de llagas hacíamos de muchas maneras, las que tenía entonces era con cierta yerba que las hacia de tan mal parecer, que á quien las viera parecieran incurables y necesitadas de grande remedio, teniéndolas por cosa cancerada; pero si solos tres días dejara la continuación de aqueste embeleco, la propia naturaleza pusiera las carnes con la perfección y sanidad que antes tenían. A los dos cirujanos les pareció de la primera vista cosa de mucho momento: quitáronse las capas, pidieron un brasero de lumbré, manteca de vacas, huevos y otras cosas, que cuando todo estuvo á punto me desfajaron muy de propósito. Preguntáronme, cuánto tiempo había que padecía de aquel mal, si me acordaba de qué hubiese procedido, si bebía vino, qué cosas comía, y otras preguntas como esta, que los en el arte peritos acostumbran hacer en semejantes actos. A todo enmudecí, quedando como un muerto, que no estaba en mí ni lo estuve en mucho rato viendo tanto preparamento para cortar y cauterizar; y cuando desto escapase, mi maldad había de quedar manifiesta. Lo en Gaeta padecido se me antojaban flores; aquí fué el temer á monseñor, cuán bravo castigo me había de mandar hacer por la burla recibida. No sabía cómo remediarme, qué hacerme, ni de quién valerme, porque en toda la letanía ni en *Flos sanctorum* no hallaba santo defensor de bellacos, que quisiera desculparme. Habíanme mirado y dado cien vueltas, dije: «perdido voy, aun de vida soy, si pellejo me dejan esta vez: dos horas son de trabajo (si ya no me sepultan en el Tiber), pasarélas como pudiere, y si me cortan la pierna quedaré con mejor achaque y cierta la ganancia, si no es que muero: mas cuando tan mal suceda, tendrélo hecho para adelante, y no será menester otra vez. ¿Qué puedo mas, desdichado de mí! Nacido soy, paciencia y barajar, que ya está hecho.»

En esto vacilaba, cuando de la codicia y avaricia de los cirujanos hallé abierta la puerta de mi remedio. El uno dellos mas experimentado, vino á conocer aquello ser fingido, y que por las señales procedía de los efectos de la misma yerba que yo usaba: callólo para sí, diciéndolo al compañero: «cancerada está esta carne, será necesario, para que el daño se ataje y nazca otra nueva, quitar hasta la viva, y quedará como conviene.» El otro dijo: «tiempo largo es menester para esta cura, ocasión hay para sacar el vientre de mal año.» El que sabía mas tomó al otro por la mano y sacólo allá fuera en la antesala. Yo, que los vi salir, salté de la cama tras ellos á escuchar, y

oí que le dijo así: «señor doctor, no creo que vuesa merced tiene advertida esta enfermedad, y no me maravillo; porque sé curar pocas á ella semejantes, y así pocas las conocen; pues quiero que sepa que tengo descubierto un gran secreto. — ¿Qué, por mi vida? le dijo el otro. — Yo diré á vuesa merced, le respondió: este es un grandísimo poltron, las llagas que tiene son fingidas; ¿qué haremos? Si lo dejamos, el bien se nos va de las manos con la honra y el provecho; si lo queremos curar, no tenemos de qué y reírse de nuestra ignorancia; y si de una ni otra manera se puede salir bien dello, será lo mejor decir al cardenal el caso como pasa.» El otro dijo: «no, señor, por agora no conviene, menos mal es, que para con este, que es un pícaro, quedemos con poca opinión, que dejar de gozar tan fina ocasión. No nos demos por entendidos, antes lo iremos curando con medicamentos que entretegan; y si fuese necesario, aplicándole corrosivos que le coman de la carne sana, en que nos ocupemos algunos dias.» El otro dijo: «no, señor, que para eso mejor sería desde luego comenzar con el fuego, cauterizando lo inficionado.» En cuál de los dos remedios habían de comenzar, y cómo se había de partir la ganancia, estuvieron discordes á punto de manifestarme á monseñor, porque el que conoció el mal quería mas parte.

Viendo pues lo que reparaban y ser de poco momento, que de buen partido lo diera yo de mi desventurada pobreza, en trueco de no quedar perdido; así como estaba desnudo, salí á ellos, y postrado ante sus pies, les dije: «señores, en vuestras manos y lengua está mi vida ó muerte, mi remedio y mi perdición; de mi mal no se os puede seguir bien, y de mi bien está cierto el provecho y la reputación; ya os es notorio la necesidad de los pobres y la dureza de los corazones de los ricos, que para poderlos mover á que nos den una flaca limosna, es necesario llagar nuestras carnes con todo género de martirios, padeciendo trabajos y dolores; y aun estas ni otras mayores lástimas nos valen. Gran desventura es tener necesidad de padecer lo que padecemos, para un miserable sustento que dello sacamos. Doleos de mí, por un solo Dios, que sois hombres que correis por la plaza del mundo, y sois de carne como yo, y el que me necesitó pudiera necesitaros. No permitais que sea descubierto; haced vuestra voluntad, que en lo que tocare á serviros y ayudaros no faltaré punto, de manera que salgais desta cura muy aventajados. Fiaos de mí, que cuando no estuviera de por medio algun otro seguro que el temor de mi pena, me hiciera tener secreto; en lo de la ganancia no se repare; mejor es aceptarla que perderla; juguemos tres al mohino, que *mas vale algo que nada.*»

Estas plegarias y prerogativas fueron bastantes á que tuviesen por acertado mi consejo, y mas cuando vieron que salí al camino. Gustaron tanto dello, que á hombros quisieran volverme á la cama de contento; ellos y yo lo recibimos, por lo que á cada uno le importaba. Tanto se tardaron en estos conciertos y debates, que apenas estaba vuelto á cubrir con la ropa, y monseñor entraba por la puerta, uno de los dos cirujanos le dijo: «crea vuestra señoría ilustrísima, que la enfermedad deste mozo es grave, y necesariamente se le han de hacer grandes beneficios, porque tiene la carne cancerada en muchas partes, y el daño tan arraigado, que los medicamentos es imposible obrar sin largo trascurso de tiempo; mas estoy confiado, y sin alguna duda certifico, que ha de quedar sano y bueno, mediante la voluntad de Dios.» El otro dijo: «si este mozo no cayera en las piadosas manos de vuestra señoría ilustrísima, dentro de pocos dias acabara de corromperse y muriera; mas atajarásele su daño de modo que dentro en seis meses, y aun antes, le quedarán sus carnes tan limpias como las mias.» El buen cardenal, á quien solo caridad movía, les dijo: «en seis ó en diez, cúrese como se ha de curar, que yo mandaré

proveer lo necesario. » Con esto los dejó, y se entró en el otro aposento.

Esto me alentó, y como si de otra parte me trajeran el corazón y me lo pusieran en el cuerpo, así entonces lo sentí, que aun hasta en este punto no estaba fiado de aquellos traidores. Temía no dieran alguna vuelta, dejándome perdido; mas ya, con lo que allí trataron en mi presencia quedé alegre y consolado; pero la costumbre del jurar, jugar y bribar son duras de desechar; no pudo dejar de darme gran pesadumbre verme impedido, encerrado, inhábil de gozar lo mucho y bueno que tenía pidiendo; mas pasábase menos mal por el curioso tratamiento, comida y cama que tenía, que era, según podía desearse, como un príncipe servido, como la persona de monseñor curado, y así lo mandó á los de su casa, demás que por su propia persona venía todos los días á visitarme, y algunos tardaba conmigo, hablando de cosas que gustaba oírme. Con esto sané de la enfermedad, y cuando pareció á los cirujanos tiempo se despidieron, siendo de su poco trabajo mucho y bien pagados, y á mí me mandaron hacer de vestir y pasar al cuartel de los pajes, para que como uno dellos de allí adelante sirviese á su señoría ilustrísima.

CAPITULO VII.

Cómo Guzmán de Alfarache sirvió de paje á monseñor ilustrísimo cardenal, y lo que le sucedió.

¶ De todas las cosas criadas, ninguna podrá decir haber pasado sin su imperio: á todos los llegó su vida y tuvieron vez; mas como el tiempo todo lo trueca, las unas pasan y otras han corrido. De la poesía ya es notorio cuánto fué celebrada. Diga de la oración la antigua Roma, la veneración que dió á sus oradores; y hoy nuestra España á las sagradas letras, de tantos tiempos atrás bien recibidas, y en el punto en que están ambos derechos. Los vestidos y trajes de España no se escapan, que inventando cada día novedades, todos abilan tras ellas como cabras; ninguno queda que no los estrene, y aquello no parece bien, que hoy no admite el uso; no obstante que se usó y tuvo por bueno, llegando la ignorancia del vulgacho á querer todos emparejarse, vistiendo una medida el alto como el bajo de cuerpo, el gordo como el flaco, el defectuoso como el sano, haciendo sus talles de feas monstruosidades, por seguir igualmente al uso, y querer con un jarabe ó purga curar todas las enfermedades. También los vocablos y frasis de hablar corrompió el uso, y los que algun tiempo eran limados y castos, hoy tenemos por bárbaros. Las comidas también tienen su cuando, que no nos sabe bien en el invierno lo que por el verano apetece, ni en otoño lo que en el estío, y al contrario. Los edificios y máquinas de guerra se innovan cada día; las cosas manuales van rodando; las sillas, los bufetes, escritorios, mesas, bancos, taburetes, candiles, candeleros, los juegos y danzas, que aun hasta en lo que es música y en los cantares hallamos esto mismo, pues las seguidillas arrinconaron á la zarabanda, y otros vendrán que las destruirán y caigan. Quien vió los machuelos un tiempo, que tanto terciopelo arrastraron en gualdrapas, y ser incapaces hoy de toda cortesía, que ni cosa de seda ni dorada se les puede poner.

¶ Testigos somos todos cuando el hermano sardesco era el regalo de las damas, en que iban á sus estaciones y visitas: agora es todo sillas las que antes eran albardas. Digan las mismas damas cuán esencial cosa sea, y lo que importa tener perritos falderillos, monas y papagayos para entretener el tiempo, que en los pasados gastaban con la rueca y con las almohadillas; mas fueron desgraciadas y pasaron; corrieron como todo. A la Verdad aconteció lo mismo: también tuvo su cuando, de tal manera, que antiguamente se usaba mas que agora; y tanto que vinieron á decir, haber sido sobre todas las virtudes respetada, y

aquel que decía mentira (mas ó menos de importancia), era conforme á ella castigado, hasta darle pena de muerte, siendo públicamente apedreado. Mas como lo bueno cansa, y lo malo nunca se daña, no pudo entre los malos ley tan santa conservarse. Sucedió que viniendo una gran pestilencia, todos aquellos á quien tocaba, si escapaban con la vida, quedaban con lesión de las personas. Y como la generación fuese pasando, alcanzándose unos á otros, los que sanos nacían vituperaban á los lisiados, diciéndoles las faltas y defectos de que notablemente les pesaba ser denostados, de donde poco á poco vino la Verdad á no querer ser oída; y de no quererla oír, llegaron á no quererla decir; que de un escalon se sube á dos, y de dos hasta el mas alto, de una centella se abrasa una ciudad. Al fin fuéronsele atreviendo hasta venir á romper el estatuto, siendo condenada en perpetuo destierro, y á que en su silla fuese recibida la Mentira.

¶ Salió la Verdad á cumplir el tenor de la sentencia: iba sola, pobre, y cual suele acontecer á los caídos (que tanto uno vale, cuanto lo que tiene y puede valer; y en las adversidades los que se llaman amigos, declaradamente se descubren por enemigos), á pocas jornadas, estando en un repecho, vió parecer por cima de un collado mucha gente, y cuanto mas se acercaba, mayor grandeza descubría. En medio de un escuadrón, cercado de un ejército, iban reyes, príncipes, gobernadores, sacerdotes de aquella gentilidad, hombres de gobierno y poderosos, cada uno conforme á su calidad, mas ó menos, llegados cerca de un carro triunfal, que llevaban en medio con gran majestad, el cual era fabricado con admirable artificio y extrema curiosidad. En él venía un trono hecho, que se remataba con una silla de marfil, ébano y oro, con muchas piedras de precio engastadas en ella, y una mujer sentada, coronada de reina, el rostro hermosísimo; pero cuanto mas de cerca, perdía de su hermosura hasta quedar en extremo fea. Su cuerpo, estando sentada, parecía muy gallardo, mas puesta en pié ó andando, descubría muchos defectos. Iba vestida de tornasoles riquísimos á la vista y de colores varios, mas tan sutiles y de poca cantidad, que el aire los maltrataba, y con poco se rompían.

¶ Detúvose la Verdad en tanto que pasaba este escuadrón, admirada de ver su grandeza; y cuando el carro llegó, que la Mentira conoció á la Verdad, mandó que parasen. Hizole llegar cerca de sí; preguntóle de dónde venía, dónde y á qué iba. Y la Verdad la dijo en todo. A la Mentira le pareció convenir á su grandeza llevarla consigo, que tanto es uno mas poderoso cuanto mayores contrarios vence; y tanto es mas tenido cuantas mas fuerzas resistiere. Mandóla volver, no pudo librarse, hubo de caminar con ella; pero quedóse atrás de toda la turba, por ser aquel su propio lugar conocido. Quien buscare á la Verdad no la hallará con la Mentira ni sus ministros; á la postre de todo está, y allí se manifiesta. La primera jornada que hicieron fué á una ciudad, en donde salió á recibirlos el Favor, un príncipe muy poderoso; convidóla con el hospedaje de su casa; aceptó la Mentira la voluntad, mas fué al meson del Ingenio, casa rica, donde le aderezaron la comida y sestearon. Luego, queriendo pasar adelante, llegó el mayordomo Ostentación con su gran personaje, la barba larga, el rostro grave, el andar compuesto y la habla reposada; preguntóle al huésped lo que debía, hicieron la cuenta, y el mayordomo, sin reparar en ninguna cosa, dijo que bien estaba.

¶ Luego la Mentira llamó á la Ostentación, diciendo: « pagadle á ese buen hombre de la moneda que le distes á guardar cuando aquí entrastes. » El huésped quedó como tonto, qué moneda fuese aquella que decían. Túvolo á los principios por donaire; mas como instasen en ello y viese que lo afirmaban tanta gente de buen talle, lamentábase, diciendo: nunca tal habérsele dado. Presentó la Mentira por testigos al Ocio su tesoro, á la Adulación su maes-

tresala, al Vicio su camarero, á la Asechanza su dueña de honor, y á otros sirvientes suyos; y para mas convencerlo, mandó comparecer ante sí al Interés, hijo del huésped, y á la Codicia, su mujer. Todos los cuales contestes afirmaron ser así. Viéndose apretado el Ingenio, con exclamaciones rompía los aires, pidiendo á los cielos manifestase la verdad; pues no solo le negaban lo que le debían, pero le pedían lo que no debía. Viéndolo la Verdad tan apretado, como tan amiga que siempre deseó ser suya, le dijo: Ingenio amigo, razon teneis, pero no puede aprovecharos, que es la Mentira quien os niega la deuda, y no hay aquí mas de á mi de vuestra parte, y en lo que puedo valer os es en declararme, como lo hago.

¶ Quedó la Mentira tan corrida de aqueste atrevimiento, que mandó á los ministros pagasen al Ingenio de la hacienda de la Verdad; y así se hizo y pasaron adelante, haciendo por los caminos, ventas y posadas lo que tiene de costumbre semejante género de gente, sin dejar alguna que no robasen, que un malo suele ser verdugo de otro, y siempre un ladrón, un blasfemo, un rufián y un desalmado acaba en las manos de otro su igual; son peces que se comen grandes á chicos.

¶ Llegaron mas adelante á un lugar, donde la Murmuración era señora y gran amiga de la Mentira. Salióla á recibir, llevando delante de sí los poderosos de su tierra y privados de su casa, entre los cuales iban la Soberbia, Traición, Engaño, Gula, Ingratitud, Malicia, Odio, Pereza, Pertinacia, Venganza, Envidia, Injuria, Necedad, Vanagloria, Locura, Voluntad, sin otros muchos familiares. Convidóla con su posada, la cual aceptó la Mentira con una condición, que solo le diese el casco de la casa, porque ella quería hacer la costa. La Murmuración quisiera mostrarle allí su poder y regalarla; mas como debía dar gusto á la Mentira, recibió la merced que le hacía sin replicarle mas en ello, y así se fueron juntos á palacio. El veedor Sollicitud y el despensero Inconstancia proveyeron la comida; y á la fama vinieron de la comarca con suma de bastimento: todo se recibía sin reparar en precios, y en habiendo comido, queriendo ya partirse, los dueños pidieron su dinero de lo que habían vendido: el tesoro dijo, que nada les debía, y el despensero que lo había pagado. Levantóse gran alboroto; salió la Mentira diciendo: ¿ amigos, qué pedis? Locos estais, ó no os entiendo; ya os han pagado cuanto aquí trujistes, que yo lo vi y os dieron el dinero en presencia de la Verdad; ella lo diga, si basta por testigo. Fueron á la Verdad que lo dijese, hizose dormida, recordáronla con voces; mas ella, considerando lo pasado, dudaba en lo que había de hacer; acordó fingirse muda, escarmentada de hablar, por no pagar ajena costa y de sus enemigos, y con aquella costumbre se ha quedado.

¶ Ya la Verdad es muda, por lo que le costó el no serle; ese que la trata, paga; mas á mi parecer pinto en la imaginación, que la Verdad y la Mentira son como la cuerda y la clavija de cualquier instrumento. La cuerda tiene lindo sonido, suave y dulce: la clavija gruñe, rechina y con dificultad voltea. La cuerda va dando de sí, alargándose hasta que la ponen en su punto. La clavija va dando tornos, quedando apretada, señalada y gastada de la cuerda; pues así pasa. La Verdad es la clavija, y la Mentira la cuerda; bien puede la Mentira, yéndose estirando, apretar á la Verdad y señalarla, haciéndola gruñir y que ande desabrida; pero al fin va dando tornos y estirando, aunque con trabajo, y quedando sana, la Mentira quiebra.

Si mi trato fuera verdad, aunque pasara por tantos tormentos, afrentas y pesadumbres, no pudieran al cabo dejar de tener buen puerto. Era mentira, embuste y bellaque; luego faltó y quebró. No pudo resistir á la torcedura, siempre rodando, de daño en daño, de mal en peor, que un abismo llama á otro. Ya soy paje, quiera Dios que no vengamos á peor. No es posible lo que está vio-

lento dejar de bajar ó subir á su centro, que siempre apetece. Sacáronme de mis glorias bajándome á servir; presto verás lo poco que asisto en ello, que tanto caminar apriesa, el cansancio llegará presto: venir tan de vuelo de uno en otro extremo, no puede ser con firmeza, es dificultosísimo de conservarse. Si el árbol no echa raíces, no lleva fruto, presto se seca; no las puede echar en el oficio nuevo, aunque perseveré algunos años, ni vine á fructificar: fué mucho salto, á paje, de picaro (aunque son en cierta manera correlativos y convertibles, que solo el hábito los diferencia) por fuerza me había de lastimar. Bien al revés me aconteció que á los otros, pues dicen que *las honras cuanto mas crecen, mas hambre ponen*; á mí me daban hastío las que había profesado; esas lo eran para mí; cada uno en lo que se cria. Bueno sería sacar el pece del agua, y criar los pavos en ella; hacer volar al buey, y el águila que are; sustentar al caballo con arena, cebar con paja al halcón, y quitar al hombre el risible. Yo estaba enseñado á las ollas de Egipto; mi centro era el bodegon; la taberna el punto de mi círculo; el vicio mi fin á quien caminaba; en aquello tenía gusto, aquello era mi salud, y todo lo á esto contrario lo era mio. El que como yo estaba hecho á qué quieres boca, cuerpo, qué te falta, los ojos hinchados de dormir, y por otra parte las manos como seda de holgar, el pellejo liso y tieso de mucho comer, que me sonaba el vientre como un pandero, las nalgas con callos de estar sentado, mascando siempre á dos carrillos como la mona, ¿ de qué manera pudiera sufrir una limitada ración, y estar un día de guarda, y á la noche la hacha en la mano, en un pié como grulla, arrimado á la pared, hasta casi amanecer, á veces sin cenar, y aun las mas era mas á lo cierto, helado de frío, esperando que salga ó entre la visita, hecho resaca de las escaleras ó fuelles de herrero, bajando y subiendo, acompañar, seguir la carroza á horas y deshoras, poniéndonos el invierno de lodo y el verano de polvo, sirviendo á la mesa, el vientre ahilado con deseos, comiendo con los ojos, y deseando en el alma lo que allí se ponía, llevar el recaudo, volver con otro, gastando zapatos, y de mes á mes que nos los daban, los quince días andábamos descalzos.

En esto se pasa desde primero de enero hasta fin de diciembre de cada un año; preguntando al cabo dello, ¿ qué teneis horro, qué se ha ganado? la respuesta está en la mano: señor, sirvo á mercedes, he comido y bebido, en invierno frío, en verano caliente, poco, malo y tarde; traigo este vestido que me dieron, y no tanto con que me cubriese, cuanto para con que sirviese, no para que me abrigase, sino con que los honrase, hiciéronlo á su gusto y á mi costa; diéronme por mis dineros las colores de su antojo; lo que habemos medrado en abundancia, ha sido resfriados, que no hay hombre que pueda alzar un plato, granos y comezon con que nos entretengamos, y cosas de frutillas tales ó peores. Cuando el viento corre fresco y alcanzamos valor de diez ó doce cuartos todo en grueso; ha sido de otros tantos pellizcos ó bocados de cera que quitamos á la hacha y los vendemos á un zapatero de viejo. El que puede acaudalar un cabo, ya ese tiene patrimonio, hace grandezas, compra pasteles y otras chucherías; mas acaso si en ello lo hallan, en azote lo paga, que es un juicio. Solo esto se permitía hurtar, digo, se hurtaba menos mal; que si se nos permitiera, cabo á cabo me diera tal maña, que pusiera tienda de cenería; mas cuando esquilmbaba de la mia ó traspalaba de las de mis compañeros, aquello era todo.

Eran ellos tan rateruelos, que nunca les vi meter mano en otra cosa, dejando aparte de comida, que las tales consúmense y nunca se venden, y aun en esto hacían mil burradas, que como uno levantase un panel de la mesa, envolvióle de presto en un lienzo y metiólo en la faltriquera. Como servía los manjares, y no pudiese tan presto